

mo con los obispos del país durante los veintiseis años de su reinado. El de Oporto le censuró por un matrimonio en grado prohibido; Sancho le metió en un calabozo, pero el prelado consiguió evadirse, puso su diócesis en entredicho, y se refugió en Roma, donde fué sostenido por Inocencio III con bastante energía para que acabara por ceder el rey, obstinado de suyo. Más tarde (1221), el obispo de Coimbra le impuso censuras, á que atribuyó el vulgo la enfermedad de que algun tiempo despues fué atacado y de que murió, no sin reconciliarse antes con la Iglesia. El esmero con que se dedicó á poblar el país nuevamente, agotado por la peste y por la guerra, fué causa de que se le sobrenombrara el *Poblador*.

Las órdenes militares y los cruzados que ayudaron á Sancho I á hacer nuevas conquistas, sirvieron tambien de auxilio á su hijo Alfonso II, que, á pesar de todo, vivió en incesantes querellas con los frailes y con los obispos sobre pretensiones de soberanía y de exenciones, y murió excomulgado.

Envenenáronse las diferencias con el clero en tiempo de Sancho II, llamado el *Capello* ó el *Encapuchado*, á causa de la capucha de la orden de San Agustín que su madre le hizo llevar en su infancia. Considerando los obispos, ricos y poderosos, al rey como vasallo de la Santa Sede, pretendían permanecer exentos de todo impuesto é independientes de toda jurisdicción en sus personas y haciendas; como el rey no lo entendía del mismo modo, resultó de esto una grande irritación, que acibararon todavía más las intrigas de doña Mencia, su esposa ó su concubina, y de su tío Fernando, á quien apoyaba una facción poderosa (1245). Los prelados obtuvieron de Inocencio IV en el concilio de Lyon que relevara á los portugueses del juramento de obediencia prestado á un rey «perturbador y enemigo de las libertades, que llamaba á los eclesiásticos al fuero seglar, imponía contribuciones á los bienes de las Iglesias y de los conventos, no refrenaba las violencias de la nobleza, y que sólo por mera forma hacia pequeñas guerras á los moros. Llamado al trono en su lugar Alfonso III, su hermano, se dirigió á Portugal, despues de haber jurado en manos del legado administrar bien el reino. Reducido Sancho á apelar á la fuga,

fué apoyado por las armas y por los buenos oficios de Fernando III de Castilla, lo cual indujo al papa á hacer examinar más á fondo las acusaciones dirigidas contra aquel príncipe (1248); pero á este tiempo murió Sancho sin dejar hijos.

Alfonso III acabó por avasallar á los Algarbes, de los cuales conquistó una parte, cediéndole la otra el rey de Castilla, como dote de su hija que le dió en matrimonio. Entre tanto, habiendo presentado queja al papa, Matilde, su primera esposa, á la cual habia repudiado para casarse con esta princesa, fué puesto en entredicho el reino, en el instante en que su muerte permitió legitimar el segundo enlace. Fácilmente se comprende que, á pesar de haber sido elevado al trono por el clero, no vivió Alfonso más en paz con él que habian vivido sus predecesores; como llegara hasta el extremo de negar el tributo á Gregorio IX, fué amenazado con censuras, y no obtuvo la absolucion sino en la hora de la muerte, jurando obediencia á la Santa Sede.

Dionis I, su hijo (1279-1325), no se consideró obligado por este juramento; hasta restringió la jurisdicción y las posesiones del clero, lo cual le valió ser excomulgado. A fin de terminar la disputa, fueron convocadas las Cortes, y el clero presentó en ellas cuarenta y dos agravios; dió el rey satisfacción, y terminó.

El mayor ensanche de Lisboa acostumbó á los portugueses á un género de vida ménos solitario que el de los castillos feudales (1289), lo cual moderó su fanatismo y su altanero orgullo. Los numerosos mozárabes, que se hallaron mezclados con los cristianos, les comunicaron las ideas orientales, y así como la lengua conservó el sello árabe, sobre el amor versaron las obras de imaginación. Nunca estuvo floreciente en el país la agricultura, mostrándose los portugueses más aptos para las costumbres enérgicas y valerosas del pastor, del soldado, del navegante; por eso les veremos cubrirse de gloria en esta última carrera.

#### CAPITULO XI.

Bellas Artes.

Siendo lo bello la manifestación de lo verdadero de la idea, el hombre goza de su percepción antes que de la de lo verdadero en su pu-

reza. El arte, cuyo objeto es ensalzar lo bello por medio del fenómeno, implicando la visión de la idea, implica necesariamente la inteligencia cuyos progresos arrastran los suyos. La ciencia consiste en conocer y aprender la obra divina; y el arte en reproducirla bajo condiciones sensibles y materiales, proponiéndose por objeto la perfección del ser cuyos progresos manifiesta.

Cuando tantas circunstancias oportunas hubieron contribuido á estimular los talentos, las bellas artes se despertaron tambien; y ya hemos visto hácia el fin del siglo precedente, multiplicarse los edificios; en éste, un sistema nuevo preside á su construcción.

Los monumentos son la escritura de los pueblos; ahora bien, el cambio en la arquitectura indica tambien cambio en la civilización; si la originalidad falta á una construcción, es una señal de que las ideas del tiempo faltan asimismo. Lo que hemos dicho de los siglos precedentes nos dispensa de demostrar que los godos no introdujeron ninguna especie de arquitectura, y que por consiguiente con mucha impropiedad se ha dado el nombre de gótico al orden que tiene por carácter el ángulo agudo, ó más bien el conjunto piramidal del edificio. Nos expresamos de esta manera porque existen en Italia y se encuentran tambien con frecuencia entre los bizantinos, arcos que rematan en punta en las construcciones de otro carácter, y modelados segun la basilica de la última época romana. Puede tambien decirse que este género predominó en Italia, donde despues se adoptó la verdadera forma gótica, cuando la magestad del plan era ya descuidada por la variedad de detalles, como se puede observar en San Andrés de Vercelli, en Santa Petronila de Bolonia y en la catedral de Milan. Algunos autores han querido con este motivo llamar lombarda esta arquitectura local derivada del estilo romano-bizantino, la cual se conformó al gusto de los pueblos entre quienes se empleó; encuéntrense ejemplos en San Ambrosio de Milan, en las catedrales de Milan, de Plasencia, de Módena, en San Marcos de Venecia, San Miguel de Pavia, Santa Fosca de Torcelo.

Lisonjeariase la vanidad nacional en ver en la arquitectura gótica una perfección ó al mé-

nos una variedad de la arquitectura lombarda, que en los países septentrionales hubiera sido adaptada á sostener el peso de la nave. Pero la historia no ayuda á admitir esta suposición. Es verdad, de todos modos, que nos proporciona pocos datos sobre el origen de este orden llamado lombardo por los franceses, y sajón por los ingleses; ó aún mejor normando, porque pasó de ellos de la Normandía. Tal vez fué nombrado gótico en tiempo del renacimiento cuando todo lo que no era romano parecia bárbaro.

Algunos otros escritores le quisieran oriental y llevado por las cruzadas; otros tambien originario de Oriente; pero introducido ya en España, de donde hubiera pasado á Occidente; otros, en fin, lo sostienen como nacido en Europa. Wittington hace venir de Oriente el estilo gótico; y Aberdeen, su editor, dice que se encuentran muchos monumentos de este estilo en el Asia Menor, en la Arabia, en Persia, en las orillas del Mar Caspio, y hasta en los desiertos de la Tartaria. Haggitt pretende que existen sobre ciertos arcos agudos inscripciones cúbicas, escritura abandonada en el siglo X, de lo cual encontró Hittorf pruebas en Sicilia, en Zisa por ejemplo. Bentham supone el arco agudo nacido del crecimiento de los arcos semicirculares, tesis sostenida por Milner, quien declara que la época de los edificios citados por Aberdeen es demasiado incierta para que se pueda deducir nada, y que los de España son posteriores á la introducción de lo gótico entre nosotros.

De seguro el arco de cimbra aguda es de fecha muy antigua; la idea fué naturalmente sugerida por las grutas, y fué imitada en las que el arte ejecutó para substrucciones ó acueductos. El templo pelásgico de los Gigantes en Gozzo, que ciertos anticuarios creyeron anterior al diluvio, presenta el arco en punta. En Malipuran, en la costa de Coromandel, las ruinas de dos pagodas, tan antiguas que nadie puede descifrar sus inscripciones, ofrecen la bóveda de dos segmentos de círculo, lo que produce la cimbra aguda. En la Licia (Caramania), mausoleos anteriores á la conquista romana, están sobrepuestos por un techo en esta figura. La puerta *Sanguinaria*, en Alatri, en el Lacio, atribuida á Saturno, y la puerta *Acuminata*,



también en el Lacio, de construcción ciclope, ascienden tal vez á dos mil años antes de Jesucristo. Ahora bien, son de cimbra aguda, como algunos de los conductos subterráneos de Roma; los que vemos en las cien celdas de Nerón, en el cabo Miseno, y en algunos hornos de Pompeya, son más bien efecto del capricho ó del acaso, que resultado de su sistema.

Pero entre los persas este arte se reproduce con frecuencia, hasta en el tiempo de los Sasanidas. Habiéndole conocido los árabes en este país, lo emplearon después con frecuencia, en particular en el Cairo, sobre todo en el edificio donde se encuentra colocado el nilómetro, cerca de la isla de Rodha, y que se cree del año 715. Existen también en Menfis del segundo ó tercer siglo de la égira. Esta forma se hizo después tan propia de los musulmanes, que Mahomet II la adoptó para la mezquita que hizo construir en Constantinopla tan pronto como verificó la conquista de esta ciudad.

Bajo este modelo están constantemente concebidos los edificios de la Tierra Santa en el siglo XI, tales como la capilla sepulcral de Godofredo y Balduino, y el gran arco que da entrada al sepulcro de la Santísima Virgen. En el acueducto que Justiniano II construyó en Pyrgos, los arcos en punta alternan con los cimbrados, y se encuentran después con más frecuencia en los adornos.

Pero lo que no permite creer que los cristianos hayan tomado esta forma de los pueblos contra quienes iban á pelear, es encontrarla en iglesias anteriores, como la catedral de Chartres, de 1029, las de Coutances, de 1030, de Mortain, de 1082, en San Simón de Tréveris, en San Pedro y San Jorge de Bamberg. Sabemos que se quiere dudar de las cartas en que están registradas las fechas de su construcción, ¿pero por qué? Porque el estilo no conviene á la época; petición de principios que rechaza la razón.

Es verdad que los occidentales podían haber visto ya de estos ejemplos en Oriente, en las peregrinaciones frecuentes entonces, ó bien en España, donde se había introducido un género de arquitectura particular, es decir, el estilo morisco, notable sobre todo por la profusión de adornos, copiados de las ricas telas de Oriente. El gracioso aspecto, que sorprende en estos

monumentos, á primera vista se aproxima á la afectación; y admirando su atrevimiento, su variedad, rica ornamentación, sus formas fantásticas, se conoce que les falta grandeza. Son obras de paciencia más bien que de genio.

Los arcos agudos están alternados con los arcos en forma de herradura en la catedral de Córdoba, construída por Abderramen I, y terminada por su hijo en 800; todos son cimbrados en punta en la Alhambra de Granada, no construída hasta 1273; pero no hemos hecho consistir la esencia de lo gótico en el arco roto. Habiendo por otra parte dominado los godos en España, esto no excluiría el origen septentrional.

Los que suponen la idea de este orden, sugerida por las construcciones de madera, y por los montes de árboles coníferos, no hacen más que reproducir el génesis arbitrario de Vitruvio, trasladándole á otros lugares. Pero es de notar que esta arquitectura se refiere tanto menos á la forma de los árboles cuando esta más cerca de su origen, y que el arco se angosta á medida que se adelanta hácia el siglo XIV.

Lo que haría colocarse su cuna entre los alemanes, es el estilo agudo de sus construcciones y hasta su mismo alfabeto que tomó la forma angulosa, y se cargó después de florones en el género de los adornos de arquitectura. No tenían á la vista modelos antiguos que por una parte obligasen á la imitación, y por otra ofreciesen materiales, bellos sin duda, pero discordantes y propios para encadenar la imaginación, por la necesidad impuesta de hacerlos servir. Tal vez disgustados los alemanes de la pesada mole de los últimos edificios bizantinos, verificaron, como acontece comunmente, una reacción en sentido opuesto, buscando lo ligero y airoso.

Es cierto que en Italia no vemos monumentos góticos sino en los países sometidos al imperio, y con especialidad á los normandos; la principal lógica de francmasones que propagaban este estilo existía en Germania, y en este país es donde se encuentran los modelos más perfectos, tales son por sus dimensiones las catedrales de Colonia, de Ratisbona, de Estrasburgo, de Ulma, de Friburgo, y en el estilo las de Viena, Oppenheim y Oberwesel; la misma tradición, aunque vacilante, atribuye á

los alemanes el mérito del primer plano de las construcciones góticas hechas en el extranjero.

No nos atrevemos á pronunciarnos sobre la tan debatida cuestión relativa al origen del estilo llamado *ogival*. Diciendo nuestro pensamiento, quisiéramos que el observador se aislase de los tiempos presentes, donde oímos repetir sin cesar que tal género es el único verdadero, donde está una comisión de ediles para criticarnos, y una pedantería llena de exaltación para aniquilarnos si nos atrevemos á innovar. Todo era libre entonces, todo se ensayaba, sin preferir un género á otro; y así como en la literatura, se ha ofrecido á nosotros una mezcla de antiguas tradiciones é inspiraciones nuevas, así en la arquitectura, la influencia de las concepciones indígenas se unió á los recuerdos greco-romanos y al gusto oriental.

El arte gótico no se ha formado, á pesar de todo, de lo que ha copiado; existe enteramente en la unidad á la cual ha sabido reducirlo, unidad que hace que al ver un edificio se diga: *es gótico*; y esto por sólo la fuerza de un pensamiento armónico, que conduce las diferentes partes hácia un fin comun ó inevitable. Encuétrase uno sorprendido al notar repentinamente todos los edificios revestirse de este carácter nuevo, al mismo tiempo que lo hacen los nuevos idiomas: ahora bien, no podemos dar una explicación más conveniente de este hecho que la existencia de las lógicas masónicas.

Hay quien pretende ascender su origen á la época en que Salomón edificaba el templo; otros las hacen proceder de las corporaciones de oficios, instituidas en las provincias por los romanos, y trasladadas de la Galia á Inglaterra por Alfredo, cuando comenzó á hacer allí construcciones. Es una vanidad excusable y comun unir su origen á hombres celebres y á tiempos remotos. Es al ménos constante que cuando Erwin de Steinbach comenzó la catedral de Estrasburgo, fundó en esta ciudad una lógica, modelo y centro de las demas lógicas, exparcidas por toda la Europa. Los jefes de cada una de ellas, reunidas en Ratisbona el 25 de Abril de 1459, redactaron el acta de confraternidad, que institua por lógica principal perpetuamente la de Estrasburgo, y su presidente por gran maestro de los francmasones de toda la Alemania. El emperador Maximiliano aprobó

este instituto (1498), que después fué confirmado por Carlos V y por Fernando I, y cuyas constituciones, renovadas después, fueron impresas en 1563.

Los maestros, los compañeros y los novicios formaban un cuerpo con una jurisdicción particular. Pero los miembros de la lógica de Estrasburgo extendían la suya sobre la de todos los demas, y sentenciaban sin apelación las causas que se les presentaban, conforme á los estatutos. De esta lógica principal procedían las de Suabia, de Hesse, de Baviera, de Franconia, de Sajonia, de Turingia y de todos los demas países de las orillas del Mosela. Era también consultada en los casos muy graves por la gran lógica de Zurich, y por la de Viena, de la que dependían las lógicas de Hungría y Stiria.

Se construía dentro del edificio una casita de madera, y allí era donde el gran maestro, sentado bajo un dosel, estaba con la espada de la justicia en la mano para pronunciar sus juicios.

Con objeto de no ser confundidos con la turba que no sabía más que manejar el martillo y la trulla, inventaron señales para reconocerse y una imitación simbólica; y guardaron un secreto tradicional que no se revelaba á los iniciados sino á medida de sus grados. Adoptaron por símbolo los instrumentos de su arte, la escuadra, el nivel, el compás, el martillo que recordaba el del dios Thor.

En todos los puntos donde iban á trabajar hacían contratos particulares; así es que aún se conserva uno del reinado de Enrique VI de Inglaterra, entre los sacristanes de una parroquia de Suffolk y una sociedad de francmasones, donde se estipuló que cada obrero tendría un delantal blanco con guantes iguales de piel, y que se les construiría un alojamiento cubierto de tejas. Siendo entonces poco seguros los caminos y desprovistos de posadas, los masones, obligados por su profesión á cambiar con frecuencia de residencia, se comprometieron á una hospitalidad mutua. Tal vez se unieron á ellos personas extrañas al arte, para proporcionarles asistencia en caso de necesidad, é impedir á otros dañarles ó usurpar sus privilegios. Después, habiéndose extendido sus doctrinas á la filosofía, la moral, la política, no



fueron el instrumento ménos activo de las revoluciones sociales.

Todas las artes y oficios estaban en Lombardía distribuidos igualmente en corporaciones y hermandades, probablemente la manera de las lógicas masónicas, y encontramos ya entre los longobardos, que se hace mencion de los *magistri comacini*.

Estas hermandades explican la semejanza que se encuentra entre trabajos tan distintos unos de otros, semejanza que por otro lado sería inexplicable en los tiempos en que no habia escuelas, y en que las comunicaciones eran poco frecuentes. Las ideas que los maestros y compañeros se sujerian mutuamente, los descubrimientos, los procedimientos que usaban mancomunadamente, hicieron adelantar con rapidez la mecánica, conocer exactamente el empuje de las bóvedas, la fuerza de los arcos, la forma conveniente á cada parte del edificio, y otros principios científicos, que se perdieron despues, gracias al secreto con el cual eran guardados.

Todo eso concernia, no obstante, más que á la solidez y al conjunto; con respecto á los accesorios, se abandonaban al capricho de cada uno. Los francmasones eran compañeros ó hermanos y no peones, querian poder dar campo á su genio inventivo en los detalles; de aquí su inmensa variedad, que llega á veces hasta á dañar á la armonía del conjunto, y revela la obra de diferentes siglos. Por esto es por lo que también á la grandeza del plan y á su reflexivo atrevimiento no corresponde lo acabado de los accesorios, que se encuentra deslucido por estatuas mezquinas y sin gracia, monstruos fantásticos, pesados follajes, relieves empastados; al ver estas posturas afectadas, estos movimientos y pliegues uniformes, estamos por creer que en lugar de copiar de la naturaleza, se consideraban como obligados á conformarse á tipos establecidos. Creció la arquitectura, al paso que la escultura se atiene aún en los siglos XIV y XV, á la reproduccion de diablos, de zafios y de monstruos, y á representaciones que ofrecen como simbólicas y cuya cínica franqueza se trataría de excusar en vano. En una palabra, el arte se asemeja á una voz poderosa que se niega á toda clase de modulaciones delicadas.

La mayor parte de los arquitectos primiti-

vos nos son desconocidos. ¿Es este el resultado de una abnegacion piadosa, como algunos pretenden? ¿ó bien una incuria ignorante ha dejado perecer su memoria? Lo que milita en favor de la primera suposicion es ver comunmente el plano de las catedrales atribuido á obispos, como representantes de la iglesia que las levantaba de acuerdo con ellos y que invitaba con indulgencias á tomar parte en la obra. Así se cuenta que cien mil personas trabajaban de dia y de noche en la iglesia de Estrasburgo. Los escritos de Pedro el Cantor y de Roberto de Flammesburgo, penitenciario de la abadía de San Víctor en París, nos manifiestan que los confesores sustituian á veces á la penitencia una limosna para construir puentes ó para el entretenimiento de los caminos. «Es un prodigio inaudito, dice Aimon, Abad de San Pedro junto al Diva, en una carta de 1145 á los monjes de Tutteborg, contemplar á hombres de poder sumo, orgullosos de su cuna, habituados á una vida voluptuosa, unirse á una carreta y acarrear piedras, cal, trozos de madera y todo cuanto se necesita para el santo edificio. A veces mil personas, hombres y mujeres, son uncidos á un solo carro, tan pesada es la carga, y sin embargo no se oye entre ellos el más leve ruido. Cuando se paran en el camino, hablan, si bien sólo de sus pecados, de los cuales se confiesan con lágrimas y con oraciones. Entonces los sacerdotes les exhortan á deponer los odios y á perdonar las deudas; y si alguno se muestra empedernido hasta el punto de no querer otorgar perdon á sus enemigos y de rechazar las piadosas exhortaciones, inmediatamente es desuncido del carro y segregado de la santa compañía.» Continúa diciendo que durante la noche se encendian antorchas sobre los carros y al rededor del edificio que se estaba construyendo, y que la velada era amenizada por cantos.

Por otra parte, la ignorancia, á la cual costaba trabajo comprender la imaginacion vigorosa y el arte profundo del hombre que concebía aquellos monumentos, así como el poder de la union popular que los ejecutaba, recurria á fuerzas sobrenaturales; y así como en los primeros siglos se habia creído que un ángel habia bajado á delinear sobre la nieve el plano de la basilica de Santa María la Mayor, entonces se contaba que tal ó cual arquitecto habia he-

cho pacto con el diablo para ser ayudado en una obra sobrehumana.

El convento de Asís, construido poco despues del año 1226, pasa en Italia por el más antiguo ejemplo del estilo gótico. Esto no significa que la ogiva fuera allí empleada por la vez primera. En Subiaco, deliciosa soledad á cincuenta millas de Roma, cerca de la fuente del Anio, muchas capillas y celdas fueron construidas en un principio en rededor de la gruta que sirvió de asilo á San Benito, y continuaron llamando la Santa Gruta. Fueron devastadas ó derruidas por los longobardos y los sarracenos, y luego reedificadas en 847 por el abad Pedro, quien restauró particularmente la capilla consagrada á San Silvestre por Leon IV. La bóveda abierta en la peña viva es de figura ogival formando cruz, así como otras escavaciones en el mismo punto. En cima, el abad Humberto comenzó en 1053 un verdadero cuerpo de iglesia, y trece años más tarde lo hizo servir el abad Juan como confesonario al templo que allí fué erigido.

Quizá se adoptó en aquel lugar la cimbra aguda á causa de los vientos y de las nieves, ó á imitacion de los subterráneos, así como en el monasterio de Santa Escolástica, que de él depende.

Una puerta ogival de la iglesia de Chiavalle, entre Ancona y Sinigaglia es de 1172; al año siguiente parte de la iglesia de San Leo, en el ducado de Urbino, fué también restaurada en cimbra aguda. Los pórticos de Rimini del año 1204 son del mismo estilo, y las ogivas se mezclan á las cimbres completas en la iglesia de San Flavio cerca de Montefiascone, por Urbano IV. Así se deslizaba esta innovacion tímidamente no ocupando con frecuencia más que los espacios en que la bóveda no podia redondearse. En la Porciúncula, celda de San Francisco de Asís, encerrada ahora en la iglesia de Santa María de los Angeles, el arco agudo de la pequeña puerta está cerrado por otro de cimbra completa.

Libre vuelo tomó este estilo en el templo elevado por fray Elias en Asís á este patriarca. Son tres edificios uno encima de otro; en el inferior se desarrollan con regularidad los arcos en punta, apoyados por gruesos pilares de donde se levantan las columnas del cuerpo superior hechas en haces cuyo follaje principal se

cruza con el de la próxima pilastra para formar el todo de la nave.

Esta iglesia llegó á servir de modelo á las otras levantadas á este santo y no contribuyó poco á divulgar su estilo. No hay conformidad de pareceres respecto del nombre del arquitecto. Vasari designa erradamente el nombre de un alemán, padre de Arnolfo de Lapo; otros piensan que Lapo y Arnolfo tuvieron por maestro á Nicolás Pisano, á quien atribuyeron la concepcion del plano del edificio.

Anteriores á todos estos son los edificios normandos de la Sicilia. Antes de 1132, Roger hacia construir en su palacio de Palermo la capilla de San Pedro, de un trabajo admirable y bien conservado, cuya dorada techumbre está adornada con veinte artesones que tienen inscripciones árabes. Las paredes y el pavimento son de mosaico de una delicadeza extremada, y todos los arcos ogivales, así como el triunfal, arrancando columnas corintias de los más hermosos mármoles de Oriente.

También fué él quien erigió la catedral de Cefalu, entonces la más vasta de Sicilia, y de donde arrancan caprichosamente arcos aguzados de gran tamaño. En 1174 fué empezada y concluida rápidamente la basilica de Montreal, obra maravillosa, toda en ogivas, revestidas con mosaicos de riqueza incomparable. En la misma época se levantaban la Matriz y el Espíritu Santo de Palermo, la catedral de Mesina, de la cual no dejó en pié un terremoto más que la puerta; Santa María de Randazzo, siempre con las mismas formas agudas, así como la capilla de San Cataldo en Palermo, anterior al año de 1160.

La Zisa y la Cuba, extramuros de Palermo, fueron probablemente construidas por los árabes antes de la conquista de los normandos; y de seguro se les deben la fortaleza y los baños de Alcamo sobre el monte Bonifato; allí también se encuentra el arco roto. El Mongibelo, cerca de Siracusa, muestra todavía otras construcciones de los árabes. Hace dos siglos conservaban también las ciudades de Polemi y de Lonama restos preciosos. El puerto del Lilibea (*Marsala*, puerto de Dios) atestiguaba que los árabes de Sicilia no habian degenerado de sus hermanos de Babilonia y de España.

¿Habriamos de suponer en último resultado